

01

El vuelo se había retrasado dos horas. Hacía un buen rato que aguardaba sentada en la sala de embarque cuando una voz atiplada anunció la demora. Un murmullo reprobatorio siguió a la noticia, pero pronto los viajeros buscaron acomodo y se prepararon para la espera.

Terminé de leer *La Razón* y entorné los ojos con intención de relajarme. El día había sido agitado. Por la mañana, había ido al colegio a entregar las notas de fin de curso de mis alumnas; tuve el tiempo justo para regresar a casa y comer un bocado.

Cuando llegamos al aeropuerto de Ezeiza, era pronto y no había cola, así que no tardé mucho en facturar la maleta y obtener la tarjeta de embarque. Poco a poco, aparecieron familiares, compañeras... también Carlos.

Todos querían hablar conmigo; unos para darme ánimo, otros, consejo: que tuviera cuidado con los ladrones, que no me fiara de la gente, que en España no había libertad, que todavía estaba Franco, que no hablara contra el Régimen, que me podían meter en la cárcel...

Por fin, el altoparlante anunció la salida. Me despedí de todos, uno por uno; el último, Carlos. Tras besarme en las dos mejillas, se abrazó a mí y así permaneció durante unos segundos. Al cabo, con voz imperceptible, me susurró al oído un simple "volvé" lleno de nostalgia. Me quedé perpleja; aquél no era un adiós convencional, quería significar algo más, algo que mi sensibilidad femenina percibió de inmediato.

Cumplidos los trámites, sola entre aquel gentío, me sentí aliviada. Tengo un temperamento sensible y los adioses me emocionan. Pero es que además estaba turbada. No podía olvidar la última palabra de Carlos, la forma en que la dijo encerraba un mensaje que no dejaba lugar a dudas. Tiempo ha que lo conocía, tiempo ha que venía regularmente a casa, y nunca, nunca jamás, había dejado traslucir otro sentimiento hacia mí que el de una sana y profunda amistad.

Y ya que me meto en intimidades, no tengo más remedio que presentarme: Me llamo Clara, Clara Sandoval

Astigarraga. Aunque nací en España, en San Sebastián, hace veintisiete años, vine a Argentina —bueno, me trajeron— con tres años recién cumplidos. Acá me crié, acá he crecido y acá tengo hecha mi vida.

Vivo con mi tía —mi tía Constantina— en la calle Méjico, cerca de Boedo, en pleno centro de Buenos Aires. Soy profesora de Historia en un colegio de monjas, en San Justo, un pueblo de la provincia a veinte kilómetros de la capital.

Estoy preparando mi tesis doctoral y la quiero presentar en el mes de julio. Como tema, elegí “La Guerra Civil Española en el País Vasco” y supongo que el lector habrá adivinado por qué, aunque no sepa que en ella perdí a mi padre y a mi hermano cuando la guerra había terminado y yo todavía no había nacido.

Así se comprende que mi madre —excarcelada unos meses antes de tenerme a mí— decidiera emigrar a Argentina en 1942, reclamada por su hermana, mi tía Petra, que a la sazón vivía en La Plata, donde poseía un hotelito que explotaba en compañía de su marido, mi tío Cándido.

Ya sólo me falta decir que mi *amatxo* murió hace quince años, cuando yo tenía doce. Eso explica por qué vivo con mi tía Constantina, que no es mi tía, sino la prima de... bueno, una parienta lejana. La verdad es que la familia de mi madre es bastante anchurosa.

Y acá estoy, con un calor sofocante, esperando el embarque con destino a Madrid un sábado 17 de diciembre de 1966, rodeada de una muchedumbre —había leído que el avión tenía capacidad para 180 persona, un modelo nuevo recién adquirido por la compañía— que se encuentra en la misma situación que yo, consternada por la larga espera y disgustada por la falta de información.

Mi intención es permanecer un mes en el País Vasco, con objeto de obtener *in situ* documentación adicional sobre la guerra para terminar mi tesis. Tengo cerrado el billete de vuelta para el sábado veintiuno de enero.

Bueno, al menos, ésa es la versión oficial que he dado para explicar el motivo de mi viaje. En realidad, la tesis la tengo casi lista, sólo me falta poner en claro tres o cuatro detalles de poca importancia. El objeto verdadero es investigar la muerte de mi padre, desaparecido en abril del 39, descubrir sus restos y darles honrosa sepultura, si

posible fuera, al lado de mi hermano que estará enterrado en el cementerio de Saturrarán, ya que en esa localidad guipuzcoana murió, en la cárcel de mujeres en la que encerraron a mi madre a continuación.

09

El día de mi noveno cumpleaños fue uno de los más felices de mi vida. Por la tarde, cuando regresé del colegio, mi tío Benín me estaba esperando en la puerta del bar Oviedo: “Felicidades —me dijo mientras me entregaba una cajita de cartón—, esto es para ti”.

La abrí con curiosidad infantil y me encontré con el mejor regalo que yo podía esperar: un cachorrito recién nacido, apenas tenía un mes.

No me resulta fácil expresar el contento que me causó: aún hoy me emociono al recordar aquel instante. Era una perrita preciosa, de color canela, sus ojitos marrones me miraban con curiosidad, la apreté contra mi regazo y emitió un sollozo. Le acaricié el testuz, tenía el morrillo frío, me mordió un dedo, tendrá hambre, pensé.

La llevé a la cocina, le preparé un plato de leche, lo sorbió poquito a poco, con la destreza que procura la necesidad. Mi madre avió una canasta que utilizaba para los útiles de la costura y le asignó un espacio en un rincón. Allá la metí, allá se quedó ovillada y no tardó en quedarse dormida.

Le pusimos de nombre “Pelusa”, por el vello que la cubría, de un color parecido al de un melocotón. Una “Terranova” dijo un cliente que sería y acertó. Se hizo grande a mi lado, me seguía a todos los sitios, yo la adoraba, pero ella a mí todavía más... *la Pelusa*, mi dulce compañera.

15

—**T**u madre estuvo encerrada cinco meses —prosiguió mi tía con expresión sombría—. Se presentó una mañana en

casa, aquí, en esta casa, a primeros de octubre: sola, flaca, con unas enormes ojeras. Me quedé aturdida cuando le abrí la puerta: pensé que era una mendiga que venía a pedir; tardé un rato en reconocerla.

»Me contó toda la historia: El hambre, el frío, las vejaciones que sufrió, las monjas... empleó para ellas un epíteto terrible que no me atrevo a repetir, ella, que nunca en su vida había pronunciado una palabra malsonante. La muerte de Juan Mari... de pulmonía. No le permitieron verlo, ni siquiera acudir al sepelio. Lo enterraron en el cementerio, en una fosa común.

—¿Por qué la pusieron en libertad?

—Es difícil de saberlo —afirmó mi tío meneando la cabeza—. Yo hablé con el director del periódico y le expuse el tema para ver si podía hacer algo por ella. En esa época, sólo los falangistas tenían poder para intervenir en esas cosas. A los pocos días, el hombre se acercó al taller y me dijo que había hecho una gestión con el gobernador civil para pedir la revisión del proceso contra Lucía. Como la causa era menor, había alguna posibilidad. Nunca volvió a mencionar el caso; quizá su mediación sirvió para que la excarcelaran.

—¡Pobre *amatxo*! Sola, embarazada, todo perdido, y con ese estigma... ¿Qué podía hacer la pobre?

—Muy poco... nada —mi tía recuperó la palabra—. Ni siquiera intentó buscar trabajo; sabía que no lo iba a encontrar. Se quedó a vivir con nosotros.

—Sí; ya sé que nací en esta casa...

—En la misma habitación en que has dormido hoy. Fue una de las pocas alegrías que tuvo tu madre en aquel tiempo. Desde que salió de la cárcel, una pena insondable se apoderó de ella, dejó de ser la persona risueña que siempre había sido, la mujer fuerte que aguantaba todo. Te bautizamos en la iglesia del Buen Pastor, que ahora es catedral. Paco y yo fuimos los padrinos.

—Y también sé por qué me llamo Clara.

—Yo quería que te pusieran Carmen, como yo, pero tu madre se opuso. Tenía que ser Clara, era un deseo expreso de tu padre. Siempre le había dicho que, si tenían una niña, se llamaría Clara, en recuerdo a Clara Campoamor, una mujer por la que él sentía veneración. La conoció cuando

estuvo en San Sebastián dando un mitin a favor del voto femenino.

—¿Y qué pasó con el piso de Usandizaga? Ya sé que lo embargaron, pero ¿por qué?

—Mariano fue expedientado por la Comisión Provincial de Incautación de Bienes —apuntó mi tío—; la CPIB fue un organismo que creó Franco para confiscar las propiedades de los partidos que se opusieron a la sublevación y desposeer de sus bienes a los desafectos al Régimen.

—Pero si ya había muerto...

—Daba igual. Tu padre fue acusado de estar afiliado al Partido Socialista y de haberse levantado en armas contra el Ejército Español. El tribunal lo condenó y le impuso una sanción de cien mil pesetas... una barbaridad.

—¿Por qué? Si lo que hizo fue defender la legalidad vigente...

—No pretendas juzgar aquellos hechos con la perspectiva de hoy, ni utilizar la razón para comprender lo que pasó después. En definitiva, lo que quería Franco era recaudar dinero para financiar los gastos que el conflicto estaba generando. Mataba así dos pájaros de un tiro: expropiaba a todos los que habían rechazado la rebelión y, al mismo tiempo, los dejaba sin recursos económicos para proseguir su oposición.

Tío Paco terminó de sorber su café y se levantó para marcharse:

—No te olvides de que Vidal te espera a las seis.

21

Salí de casa a eso de las once, con tiempo suficiente para dar un paseo por la ciudad, antes de acudir a la cita en el *Ormazábal*.

Fui hacia el centro por la calle Víctor Pradera y no tardé en llegar al Paseo de la Concha. En la esquina, había un hotel —Hotel de Londres y de Inglaterra, leí en la puerta de entrada— y enfrente, la bahía y la playa.

Me sorprendió una enorme imagen de Cristo erigida en la cima de un monte que no vi la primera noche, cuando salí con Maite. Más tarde, Santi me aclararía que el monumento,

dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, había sido construido en 1950, en pleno fervor patriótico de la postguerra.

Hacía un día espléndido. El mar estaba quieto. No había ninguna nube y únicamente el sol rompía la monotonía de un cielo todo azul, un azul limpio, intenso como salido de un poema de Rubén Darío. El tiempo era templado, para ser el primer día del invierno. La gente paseaba sin prisa entre los tamarindos, disfrutando de la calma de un día soleado.

Volví a observar aquellos árboles escalenos, chaparros pero tenaces; el leño retorcido en espiral, anclado al suelo para media eternidad. Sin ombligo para alimentarse, no piden favores a nadie, sólo un pedazo de tierra para buscar el sustento. ¡Qué ganas de vivir con tan poco bagaje!

Me detuve enfrente de uno de ellos y lo examiné con curiosidad botánica: un enorme agujero de forma irregular perforaba su tronco y dejaba explorar su alma afligida por tan grande fealdad. Me acordé de aquel poema que Juana de Ibarbouru había escrito en homenaje a la higuera:

Porque es áspera y fea,
Porque todas sus ramas son grises,
Yo le tengo piedad a la higuera.

La playa me pareció más grande que la tarde anterior, quizá porque la marea estaba baja. Unas cuantas personas paseaban descalzas por la orilla. Unos muchachos jugaban con un balón; otros lo hacían con paletas, lanzándose mutuamente una pequeña pelota de goma. Alguna joven tomaba el sol en traje de baño.

Quise transportarme a este escenario treinta años atrás, haciendo que mi espíritu levitara, con el deseo de revertir el tiempo y adquirir conciencia de un imaginario deseado: ver a mis padres pasear un domingo por la mañana, con mi hermano en el medio, asido de las manos. Vana esperanza, el destino es irreversible, siempre camina en el mismo sentido; el éxtasis sólo está al alcance de los iniciados.

Estuve un buen rato apoyada sobre la barandilla, sumida en mi fantasía. Contemplé de nuevo la bahía, la isla

al fondo y detrás el monte Igueldo. Cuántas veces mi madre me había hablado con pasión subida de lo bonito que era San Sebastián. La playa, la Parte Vieja, el río, los montes alrededor, todo verde. Me contaba cómo era mi padre, cómo lo conoció, dónde se casaron, cómo vivieron. Al final, su discurso acariciante se tornaba áspero al evocar su paso por la cárcel y la muerte de mi hermano.

Me gustaba oírle hablar de aquellas cosas, a pesar de que casi siempre terminábamos las dos anegadas en llanto. ¡Pobre *amatxo*! ¡Cuánto tuvo que sufrir en tan poco tiempo! No sé si llegó a perdonar todo lo que le hicieron los fascistas; pero ella nunca se quejó, al menos delante de mí. Jamás percibí indicios de odio en sus palabras, sólo una profunda tristeza, un dolor íntimo, privado.

Me dejé invadir por los recuerdos: mi infancia en Argentina, la enfermedad de mi madre, su muerte... Mi juventud rodeada de tíos y primos, siempre protegida, en un ambiente jovial, sí, pero sin las sensaciones propias de la adolescencia; sólo estudiar, los fines de semana en casa, con la familia. Y cuando salía, lo hacía con algún pariente, con mi tía, al cine o al teatro, algún domingo al fútbol. Mi tía Constantina, mi querida tía Constantina, con qué ahínco me protegía, pendiente de mí, alerta para que no me desviara del camino, quizá por el pesar que sentía de ser tutora y no madre.

Cuando observo cómo alternan los jóvenes de mi edad, se agudiza esa impresión, ver cómo pasa la vida sin que nada importante acontezca. Disfrutar el día a día, sí; vivir tranquila, también, sin sobresaltos, pero nada más. ¡Qué envidia me daban mis compañeras de Argentina! Todas ellas se pintaban, vestían a la última moda, tenían un "filito", iban a fiestas. ¡Con lo que a mí me gusta bailar! Nunca tuve amigos ni amigas de mi edad, eso me ha faltado, eso es lo que echo de menos.

Todo eso pasó por mi mente en el corto rato que estuve allí apoyada, absorta, repasando lo que había sido mi juventud hasta ese momento. Volví a la realidad. Estaba en San Sebastián, sola, libre, en la Concha, un día de Santo Tomás y con un tiempo espléndido. ¡Era verdad! Aquello era precioso.

No voy a negar que, cuando el primer día salí a dar una vuelta con mi prima, me llevé una pequeña sorpresa al ver la bahía de la Concha. Yo me la había imaginado grande, inmensa, y la vi chiquita, diminuta, una maqueta; muy lejos de los grandes arenales que yo solía recorrer en verano, allá en Mar del Plata. Pensé que quizá, como era de noche...

La decepción se fue desvaneciendo; no me costó mucho comprender que lo pequeño puede ser grandioso. Y aquello lo era: reducido, asequible a la vista, protegido de los embates del mar. La luminosidad realzaba aún más el panorama. ¡Sí! Aquello era realmente bello. Aquello era parte de mi ser, acá había nacido yo.

Como tenía tiempo, me fui andando hacia El Antiguo. Pasé por delante de un pequeño edificio —*La Perla* vi escrito a la entrada— y llegué a una zona rocosa. Crucé un pequeño túnel y caí sobre la playa de Ondarreta. Proseguí mi andadura hasta que no pude continuar: una pequeña plazoleta servía para que los autos dieran la vuelta.

De regreso, me topé con un hermoso palacio sobre un altozano, del que Santi me había hablado al llegar: el palacio de Miramar. El edificio me recordó a una de esas mansiones señoriales de la campiña inglesa que yo había visto en el cine. A la derecha, el reloj de una iglesia marcaba las doce y cuarto. Aceleré el paso, la cita era a la una en lo Viejo y antes quería ver la catedral.

35

Cuando entré al bar Oquendo, no vi a nadie en la barra, así que bajé a *Espelunca*. Allá estaban los dos sentados a una mesa. Juan se levantó y me ofreció una silla:

—Ya conoces a Mateo, ¿verdad?

Mateo se levantó también y me tendió la mano. Era un hombre delgado, ojos vivarachos y una nariz aquilina que sostenía unas gafas de moldura metálica.

—Nos vimos el día de Santo Tomás. Me han hablado mucho de ti. A Coro le has causado una excelente impresión.

Me ruboricé ligeramente y no supe contestar, hasta que JB se fijó en mi atuendo:

—¡Qué abrigo más bonito llevas!

No sabía yo que los hombres fueran tan observadores. Me halagó su detalle de cortesía.

—Había empezado a explicarle a Mateo lo de tu madre, lo de tu hermano. Si quieres, termina de exponerle tu proyecto y luego él te contará cosas que quizá te sirvan para la investigación.

Mientras yo hablaba, Mateo me observaba con expresión grave. En un par de ocasiones, atisé un movimiento de sorpresa en su rostro. Pero no me interrumpió hasta que terminé mi discurso:

—Sí; yo estuve en Saturrarán: cinco años, desde el 48 al 53. Me metí —me metieron, sería mejor decir— para cura con once. El párroco de Hernani debió de advertir en mí las dotes que se ajustaban al estereotipo recomendado por El Vaticano. ¡Ah! Además cantaba bastante bien, eso era importante.

—¿Con once años? —exclamé sorprendida.

—Con once años recién cumplidos. La verdad es que, al principio, no me costó demasiado adaptarme a la vida en el seminario. Lo único, la oración; estábamos todo el día rezando, que si la misa, que si el ángelus, que si el rosario. Nos obligaban a estar mucho tiempo en la capilla, en silencio, para reflexionar, decían. Pero ¿qué coño va a reflexionar un crío a esa edad?

—¿Cómo así te fuiste para cura? —me atreví a preguntar con voz apocada— ¿Es verdad eso de la vocación?

—¡Qué va a ser verdad! ¡Ni vocación, ni leches! Lo que yo tenía era una comida de coco impresionante. Estaba influido por la voz lóbrega del párroco, asustado por el miedo que nos metía con eso del fuego eterno: “Siempre, jamás; siempre, jamás”, repetía con un retintín de esos que te martillea las sienes. Y luego recalaba: “Los condenados estarán en el infierno para siempre y no saldrán jamás”. Me entraba una enorme congoja cuando entonaba esa frase en la cripta de la iglesia donde nos enseñaba la doctrina los domingos por la tarde. Me fue asediando poco a poco hasta

que consiguió dominar mi mente, no tuve más remedio que claudicar.

—¿Y tus padres qué dijeron?

—Mi madre era muy devota y se llevó una gran alegría cuando le dije que quería ser cura. Yo era el mayor de seis hermanos y mi padre, un simple peluquero que cobraba un jornal ínfimo... estaba el problema económico. Él también era creyente y no se opuso. .

—Y te enviaron a Saturrarán...

—La carrera de cura dura doce años. Los cinco primeros cursos se hacen en un seminario menor, Saturrarán se había inaugurado dos o tres años antes como tal. Era un lugar muy bonito, con varios edificios construidos a la orilla de una playa y un riachuelo que desembocaba por el medio. Comíamos bien y teníamos todo el día ocupado, una parte estudiando y la otra rezando. La instrucción que recibíamos era algo parecido al bachiller elemental, pero con latín, algo de griego y religión a manta.

—¿Y luego?

—En el 53 se abrió el seminario de San Sebastián y allí nos llevaron para hacer el segundo ciclo, tres años alternando filosofía, apologética y mucho latín. Y luego, el tercero, cuatro cursos de teología para meditar sobre los fundamentos de la fe.

—¿Y cuándo lo dejaste?

—En mayo del 61, me faltaban tres meses para ordenarme.

—¿Y cómo es que abandonaste justo cuando estabas a punto de terminar?

—Es que en los últimos cursos, habíamos formado un pequeño grupo, unos doce o así, nos solíamos reunir a hurtadillas, discutíamos mucho sobre la doctrina, sobre la esencia de Dios, la Trinidad, el Espíritu Santo, las dificultades que teníamos para adaptar estos conceptos a los límites de la razón. Casi todos estábamos sumidos en una intensa crisis vocacional, nos entraron serias dudas acerca de la misión sacerdotal, si el rol que se nos encomendaba era lo que más convenía al pueblo vasco...

»La mayoría éramos guipuzcoanos, el resto vizcaínos, de Ondárroa, Lequeitio y Marquina, todos de tendencia nacionalista. Los profesores eran curas viejos del entorno

franquista, típicos representantes del nacional-catolicismo de la época, anclados en el pasado, más atentos a preservar los privilegios de la Iglesia que a luchar por una sociedad más justa. Pero no fue una decisión fácil. Después de estar encerrado durante doce años, te entra un pánico cervical sólo con pensar que has de arreglarte tú solo. Dentro, tienes la vida asegurada, la jerarquía te sostiene, la feligresía te respeta. Al dejar todo eso, entras en un mundo nuevo, desconocido, asumes un riesgo enorme, tienes que empezar de cero.

—¿No fue por aquella época que apareció el manifiesto que un grupo de curas envió al obispo de Bilbao, denunciando la colaboración de la jerarquía católica con el régimen de Franco? —preguntó Juan con cautela—. Yo estaba en tercero o cuarto de carrera. Recuerdo que se armó un revuelo enorme...

—Una bomba. La carta fue enviada a los obispos de Vitoria, San Sebastián, Bilbao y Pamplona, el día 30 de mayo del 60. Me acuerdo perfectamente. Denunciaba la falta de libertad que sufría la sociedad española, el abuso de poder que las autoridades ejercían para reprimir las protestas y la práctica indiscriminada de la tortura, entre otras cosas. Estaba firmada por 339 sacerdotes vascos. Aquello me ayudó a tomar la decisión. Pensé que era más importante luchar contra la dictadura que predicar una religión que toleraba la injusticia, encubría el abuso de los poderosos y permitía la explotación de los débiles. Nosotros no repudiábamos el mensaje de Cristo, al contrario, entendíamos que había que transmitirlo de otra forma, que lo primero era regenerar la dignidad del hombre, reducir las desigualdades y recuperar las libertades perdidas. Los profesores del seminario no pensaban igual o, al menos, no predicaban con el ejemplo. Nos marchamos cuatro, los demás no se atrevieron.

Tanto Juan como yo permanecimos un rato callados, sorprendidos por su oratoria. No sabía si sus dotes eran congénitas o adquiridas, pero lo cierto es que sabía tocar la fibra sensible, tenía alma de predicador. No tardó en retomar la palabra:

—Es que además había otro problema. El Concordato de la Santa Sede con España exoneraba a los sacerdotes

católicos del servicio militar obligatorio, pero sólo si te habías ordenado. En caso contrario, tenías que hacer la mili como todo hijo de vecino. Esa losa desequilibró la balanza de muchos indecisos que optaron por continuar...

—¿O sea que tuviste que cumplir el servicio militar?

—¡Qué remedio! Al salir del seminario, volví a Hernani, a casa de mis padres. Lo primero que hice fue acercarme al cuartel de Loyola y apuntarme como voluntario. De esa forma, podía elegir plaza y cuerpo, a pesar de que tenía que cumplir veinte meses en lugar de catorce. Pero yo quería quedarme en San Sebastián. Me busqué la protección del capellán castrense para no hacer guardias e ir de rebaje a dormir a casa; a cambio le ayudaba a dar clase a los reclutas. El caso es que a los pocos meses, sólo iba al cuartel por la mañana, los fines de semana ni aparecer. Eso me permitía estudiar por la tarde. Me licencié en marzo y en junio del año siguiente aprobé el "Preu"...

—¿El "Preu"?

—Sí, el Preuniversitario. Es la prueba que hay que pasar para entrar en la Facultad, así que en septiembre me matriculé por libre en la de Filosofía de Valladolid. Allí voy a examinarme todos los años. Me cuesta lo mío, pero poco a poco voy sacando la carrera; me faltan dos años.

—Ya tienes mérito, Mateo —exclamó Juan con admiración—. Trabajar y estudiar al mismo tiempo no está al alcance de cualquiera...

—No creas, es cuestión de proponértelo. Para eso, la disciplina que adquirí en el seminario me ha venido bien. Es que no tenía más remedio que buscarme el cocido, no podía vivir a cuenta de mis padres. También empecé a prepararme para ingresar en la banca, en una academia nocturna. Al tercer intento, aprobé el examen y en octubre del 63 me incorporé al Banco de Bilbao.

Me pareció que había llegado el momento de hacerle la pregunta que a mí me convenía:

—Oye, Mateo, ¿sabías que el seminario de Saturrarán había sido antes cárcel franquista de mujeres?

—Al principio, no. De eso me enteré más tarde, uno de mis compañeros más íntimos, uno de los que se salió conmigo era de Ondárroa y su madre le había contado que,

durante la guerra, ella solía llevar paquetes de comida para las reclusas.

—Es que no te he dicho que mi madre estuvo varios meses en esa prisión y que mi hermano murió allí, de pulmonía, le dijeron. Al parecer, está enterrado en el cementerio de Saturrarán...

—En Saturrarán no hay cementerio, estará en el de Motrico, Saturrarán es un barrio de Motrico.

—Es que no sé exactamente dónde lo enterraron. La semana que viene me acercaré allá para ver si descubro su ubicación. A mi madre no le dejaron ver el cadáver, ni siquiera atender a su hijo en los instantes postreros. ¡Qué infames!

Conforme iba yo hablando, observé cómo la expresión de Mateo se iba transformando. Su rostro había adquirido una expresión de pánico tal que llegó a asustarme. Guardó silencio durante un buen rato hasta que se atrevió a balbucir mirándome a los ojos:

—No sé si debo... —se detuvo, tragó saliva—. El caso es que yo, en alguna ocasión, le oí decir a mi amigo el de Ondárroa que muchos niños de Saturrarán fueron sacados del penal para ser entregados a familias franquistas. A las madres, les decían que habían muerto y que los habían enterrado para evitarles el dolor de ver sus cadáveres.

Se calló.

Permanecí en silencio durante unos instantes, con la mente ofuscada, sin entender muy bien lo que había dicho. Cuando comprendí el significado de sus palabras, un dolor agudo invadió mi pecho, quise gritar para deshacer el nudo que oprimía mi corazón. Al cabo, un sollozo salió de lo más profundo de mi ser, sentí que unas gruesas lágrimas caían sobre mis mejillas. Bajé la cabeza y cubrí mi cara con las manos abiertas, hasta que rompí a llorar con terrible desconsuelo.

Juan impuso su brazo protector sobre mi hombro y me atrajo hacia sí. Me apoyé en su pecho y me dejé llevar por el llanto. No recuerdo el tiempo que estuve así. Cuando recuperé la postura, los dos hombres me observaban con aspecto piadoso.

—Lo siento, no he podido evitarlo —me excusé perpleja—. ¡Dios Santo! Si eso es verdad, mi hermano podría no estar muerto, podría vivir en algún sitio...

—No es imposible, Clara, no es imposible. Tal y como has contado lo de su fallecimiento, tu hermano podría haber sido entregado a otra familia y vivir ahora en alguna parte, incluso no lejos de aquí...

En ese momento, vi que llegaba Aurora, desbordante de salud. Se acercó a nuestra mesa, su sonrisa franca y contagiosa desapareció de inmediato al ver el espanto reflejado en mi cara y la expresión grave de los dos hombres. Mateo le puso al corriente.

Estaba aturdida, como sonámbula. Eran las ocho menos cuarto y pronto empezaría a llegar la gente. No me sentía con ganas de hablar. Les dije que me iba a casa. Juan se ofreció a llevarme, pero Aurora se le adelantó:

—Déjame a mí, yo la acompañaré. Necesita respirar aire puro. Daremos un paseo.

50

El autobús nos dejó en lo alto del pueblo, muy cerca de la plaza en cuyo centro habían erigido una estatua en memoria del almirante Churruca, hijo de la villa y héroe en la batalla de Trafalgar.

Enfrente de nosotras, vimos la fachada de una preciosa iglesia de estilo neoclásico; a la derecha, un edificio restaurado que resultó ser la casa en la que nació y vivió el almirante; a nuestra izquierda, el Ayuntamiento, con la bandera bicolor que ondeaba en un balcón del piso principal. Hacia él dirigimos nuestros pasos.

En la planta baja, un funcionario nos informó sobre cómo acceder al registro de defunciones. Detrás de la iglesia, estaba el archivo parroquial y allí existía un libro con un listado de los bautizos, los matrimonios y los fallecimientos ocurridos a partir de cierta época.

Un hombre de unos cuarenta años nos recibió con exquisita amabilidad. A nuestra solicitud, nos condujo a una pequeña sala en la que había una mesa alargada y varias sillas.

—Siéntense por favor. No tardaré mucho tiempo.

La habitación estaba decorada con modestia. En la pared de enfrente, colgaba un mapa de la urbe enmarcado en rojo, con la inscripción "Motrico en el siglo XVI", realizado a plumilla. Aurora me indicó el lugar en que nos encontrábamos: fuera de las murallas que rodeaban la villa medieval, a unos cien metros de donde estaba la puerta de arriba. En la parte de abajo, una pequeña bahía en forma de concha protegía un puerto en el que estaban fondeados unos cuantos navíos.

Al cabo de unos cinco minutos, reapareció nuestro archivero con un librote gordo de color marrón y lo depositó encima de la mesa:

—Veamos. Me dice usted que su hermano se llamaba Juan María Sandoval Astigarraga y que murió en el penal de Saturrarán a finales de junio de 1939. Está ordenado por fechas, así que empezaremos por el primero de junio.

Fue pasando las hojas hasta que, al llegar al día 29, apareció mi hermano. Allí estaba su nombre, la fecha del fallecimiento, la edad, el nombre de su padre y de su madre y el lugar en el que estaba enterrado.

Un escalofrío sacudió mi cuerpo.

En aquel momento, sentí una pequeña alegría, una paz interior que aliviaba la angustia de la incertidumbre, como si se hubieran terminado todas mis penas al saber que mi hermano descansaba en aquel camposanto.

—¿Dónde está el cementerio de Motrico? —pregunté con el ánimo exaltado.

—A un kilómetro de aquí. Hay que subir una cuesta que hay enfrente de la carretera. Al salir se la enseño.

—¿Está usted seguro de que el niño murió y fue enterrado en el cementerio?

—Sin ninguna duda. En cualquier caso, en el ayuntamiento existe también un registro idéntico a éste. Si usted quiere, lo puede consultar, pero no encontrará nada nuevo.

—Podríamos saber en qué lugar está enterrado su cadáver?

—Eso es imposible. Por la fecha en que murió, su hermano tuvo que ser enterrado en un espacio para niños que había en la parte trasera. Cuando moría alguien en el

penal, venía un carro de la basura y se lo llevaba al cementerio. Era un carro tirado por un burro blanco, me acuerdo bien... yo tenía doce o trece años. El problema es que, cada cierto tiempo, se vacía la sepultura para dejar sitio a nuevos enterramientos y se trasladan los huesos a un osario. Los restos de su hermano están enterrados allí seguro, pero es imposible recuperarlos.

Aurora me miró contristada.

—Aun así, me gustaría visitar el cementerio —insistí esbozando una sonrisa amarga.

El archivero nos acompañó hasta una puerta trasera y nos señaló el camino que teníamos que seguir.

—A esta hora —dijo al despedirse—, el sepulturero estará dentro. Pregúntenle dónde está el osario.

La puerta del recinto estaba abierta. Una calle que corría entre dos hileras de sepulcros bien cuidados nos condujo a un pequeño edificio, en cuyo interior un individuo estaba atareado con una lápida. El enterrador nos señaló con un dedo a través del cristal el emplazamiento del osario.

Anduvimos un centenar de metros hasta llegar al lugar indicado. La mañana era fría pero soleada. Un olor penetrante a hierba recién cortada apacía el ambiente. Me sentía en calma, como si el hallazgo hubiera sosegado mi alma. Estuve allá un buen rato a solas con mi dolor, hasta que Aurora me agarró del brazo y me hizo un gesto indicando la salida. Asentí y me dejé llevar.

Regresamos al pueblo caminando despacio, en silencio. Volvimos a pasar por delante de la casa de Churruca y nos metimos por una serie de calles estrechas que bajaban hacia el puerto. Dimos un largo paseo por el muelle y luego nos fuimos a comer. Aurora se dio cuenta de mi estado y tuvo la delicadeza de no hacer mención a lo ocurrido: no paró de hablar hasta que trajeron el café.

62

Después de morir mi madre, dos años vestí de luto. Sólo me atreví con ropa de color al terminar colegio. En enero, me fui a Tejedor, a pasar un mes con mis primos del

campo. Mi tía se percató de que un cambio de aires no me vendría mal, para sepultar la penumbra, para recobrar la ilusión.

El recuerdo que yo tenía de aquellos dos primeros viajes que, de niña, hice a la Pampa con mi madre se había desvanecido. El ajetreo impasible del tren, el paisaje monótono del campo argentino, la vacada dispersa tiznando los prados, un corrillo de árboles abandonado en la lontananza... todo eso era nuevo para mí.

La estación de Tejedor, arrancada de una película del Oeste norteamericano, el chirrido de los frenos, la parada brusca. Allí estaban los dos, Néstor y Adriano se llamaban, habían venido con el tractor. Me recibieron con la efusión propia del mundo rural, cualquier novedad era una excusa para escapar a la rutina de lo igual.

Media hora tardamos en llegar a la casa, media hora de preguntas y respuestas, querían saber qué hacía, cómo era la vida en Buenos Aires; ninguno de los dos la conocía, sólo a Santa Rosa se arrimaban, cuando la feria de otoño, a concursar en la doma, a pasear sus faroles.

Me acostumbré a la vida del agro, levantarme a las tres para ayudar al ordeño, almorzar a las siete, galopar por los campos —me asignaron un caballo, Vizcacha se llamaba—, vigilar el ganado, dar de comer a los cerdos, el maíz a las gallinas, cultivar la huerta, aquel queso tan rico... hasta la siesta hacía después de comer, para aliviar el calor que a plomo caía a esas horas del día. Un mes imborrable que me devolvió la ilusión.

Cuando regresé a Buenos Aires, mi tía me fue a recibir a la estación. No me reconoció de lo delgada que estaba, de lo curtida que tenía la piel de la cara por el sol y la intemperie. Sólo *la Pelusa* lo hizo en cuanto me olió.

70

Al salir de la relojería, me despedí de Aurora. Tomé la calle Urbieta, pasé por delante del mercado y crucé el semáforo de la calle San Martín. Al llegar a la esquina, vi cómo un auto paró a mi altura y un segundo torció a la

izquierda y se interpuso para cerrarme el paso. De él, salieron dos individuos que se acercaron a mí.

—¡Policía! —dijo uno de ellos, esgrimiendo una placa que no pude identificar—. Queda usted detenida.

Los dos hombres se pusieron uno a cada lado, me aferraron del brazo y me metieron en el asiento trasero. Nada más cerrar la puerta, me esposaron y el vehículo arrancó velozmente. Todo ocurrió tan rápido que apenas tuve tiempo de darme cuenta de lo que había pasado.

De allí a poco el auto se detuvo frente a un edificio custodiado por dos "grises" de la Policía Armada. Entramos en lo que yo calculé que sería una comisaría y que luego supe que eran las dependencias del Gobierno Civil, un lugar al que conducían a los presos para prestar declaración, antes de ingresar en la cárcel de Martutene.

Me quitaron las esposas y me pidieron la documentación. Entregué mi pasaporte argentino. El funcionario lo examinó y me hizo unas cuantas preguntas rutinarias: edad, profesión, dónde vivía, en qué trabajaba, soltera o casada, cuándo había entrado en España, cuál era el motivo de mi viaje y cosas así, sin relevancia aparente. Mientras yo contestaba, él escribía en una máquina vieja.

Poco a poco me fui serenando. Me acordé de lo que había dicho Mateo: contestar a las preguntas en tono sumiso y respetuoso, no aceptar ninguna acusación y negarlo todo. Había que tener cuidado en responder siempre lo mismo y no rectificar.

Me bajaron al sótano y me metieron en una celda. El guardia que me acompañó se portó correctamente. Se excusó porque era el único calabozo que estaba libre. Antes de echar la llave a la puerta, me dijo que, si necesitaba algo, golpeará en la mirilla. Cuando la cerró, me quedé a oscuras. No había luz, no había ventana. Tanteé las paredes hasta que descubrí un catre. Me senté.

Hice un pequeño repaso de la situación en que me encontraba. Nadie se había percatado de mi detención, lo hicieron con sigilo. Me habían quitado el bolso con todas mis pertenencias, los tres discos y el reloj que había comprado para mi tío, nada que me pudiera comprometer.

Me puse a reflexionar. Al final, ¿qué había hecho de malo? ¿Era algo tan grave querer descubrir qué había sido

de mi padre, dónde estaba enterrado mi hermano? ¡No! Por aquello no podían hacerme nada. Por eso no me iban a dejar encerrada el día de Nochevieja. Con la ilusión que yo tenía por el cotillón, el vestido nuevo, mi peinado de peluquería...

90

La vista de Ondárroa desde la carretera me causó una viva impresión. Un amasijo de casas descendía de la montaña para acabar en un puerto de mar repleto de barcos que esperaban el alba para zarpar. El paisaje, lleno de colorido, me hizo revivir, me devolvió la esperanza, tras la tristeza que me produjo la visita a la prisión.

Al vernos entrar, Ignacio se levantó y se acercó con el brazo en alto a gesto de bienvenida. Su madre vino detrás, Begoña se llamaba. Era una mujer rechoncha, de mediana estatura y de ojos vivarachos que miraban con sorna:

—¡Mateo! —dijo mientras le daba un fuerte abrazo—. ¡Cuánto tiempo sin venir a verme!. Qué ingratos sois los hombres. Cuando estabas en el seminario, bien que venías a merendar los domingos ¿eh? Oye, te veo en forma, mucho mejor que entonces. ¿Cuál de las dos es tu novia?

—Así que tú eres la argentina —tras besar a Coro, dirigió hacia mí su mirada inquisidora—. Ya me ha dicho éste que tu madre estuvo en Saturrarán. Anda vamos a sentarnos en la mesa aquella del fondo, allí podemos hablar sin peligro de que nos oigan.

La cafetería del hotel Vega estaba repleta de gente a esa hora del domingo, la camarera tardó un rato en traer las consumiciones. Mientras tanto, Mateo hizo un pequeño resumen del motivo de mi viaje, de mi detención.

—Al final, siguen haciendo lo que les da la gana —apretó el puño Begoña en señal de impotencia—. Algún día tendrán que pagarlo...

Poseía una voz potente, plena de energía, el deje propio de la gente marinera, pero su lenguaje era fluido, su memoria, precisa:

—La cárcel de Saturrarán fue la más dura de las que hubo en España durante la Guerra Civil. Se abrió a finales

del 37 para albergar a las mujeres más peligrosas que no pudieron huir tras la caída de Asturias. Sólo al final de la guerra, empezaron a llegar de otros lugares, todas ellas milicianas que habían luchado en defensa de la República.

»La vigilancia de las presas corría a cargo de unas religiosas, traídas de un convento de mercedarias que había en Zumárraga. No sé de dónde las sacaron, ¡vaya piezas! Lo peor de lo peor. No tenían corazón, castigaban a las prisioneras por cualquier tontería, las llevaban a unas celdas de castigo que estaban en un edificio...

—Sí; ya lo hemos visto —terció Mateo—. Al pasar, hemos entrado...

—Las celdas estaban en el sótano y las aguas del arroyo las inundaban al subir la marea. Las presas permanecían varias horas con el agua por encima de la rodilla. ¡Qué horror!

—Y eso que eran monjas... —exclamó Coro avergonzada.

—La superiora era la peor, disfrutaba con el dolor ajeno. Le pusieron de mote "La Pantera Blanca", negra por dentro, blanca por fuera. Al principio, no sabíamos lo que sucedía allí adentro, luego nos fuimos dando cuenta de las condiciones en que vivían las presas, la crueldad de las monjas, el hambre que pasaban. Empezamos a interesarnos, les hacíamos visitas, ellas nos contaban sus penas.

»Aunque era época de miseria, nos arreglábamos para pasarles comida, sobre todo, para los niños. Si los barcos hacían buena pesca, los marineros separaban una parte. Les dábamos trabajo, prendas para coser; pero el pago era a las monjas y las muy puñeteras se quedaban con una parte. Hasta robar sabían aquéllas.

—¿También eso? —volvió a lamentar Coro.

—Eso y mucho más. Mira lo que hacían con la comida: sólo les daban lo justo para que no se murieran de hambre. Hasta sacaban ropa y alimentos de los paquetes que les enviaban de casa; luego lo vendían en el economato de la cárcel. ¡Qué sinvergüenzas! Las que tenían hijos trabajaban de noche para las fábricas de Motrico. Con lo que les pagaban, tenían para comprar alimentos para ellos.

—¿Había muchos niños en el penal?

—No sé, quizá más de cien... sí, seguro, igual doscientos. Pero eso, sólo hasta el 42. Ese año Franco ordenó que todos los niños de más de tres años salieran de la cárcel. Un mañana, aparecieron unas monjas, teresianas dijeron que eran, aunque vestían de paisano. A las presas las mandaron al río a lavar la ropa, a los hijos que permanecieran dentro para un reconocimiento. Cuando regresaron, los niños ya no estaban, se los habían llevado. Los soldados tuvieron que frenar a las madres, estaban histéricas...

»La que encabezó la revuelta fue una madrileña, "Rosario la dinamitera", la más roja de todas, la que más protestaba. La metieron quince días a la celda de castigo, ¡Menuda era aquella! Estuvo en el penal más de tres años, era dura como la roca. Luego la dejaron salir, las cárceles estaban llenas. En Saturrarán cabían unas 700 presas, pero hubo momentos en que llegó a haber dos mil mujeres.

—¿Y qué hicieron con los niños?

—Al final, las monjas lo reconocieron, las putas teresianas... habían recibido órdenes de arriba.

—¿Las teresianas? —de nuevo Coro exclamó alarmada—. No puedo comprenderlo. Yo he estudiado en las teresianas.

—Pues sí hija, las teresianas. Cada niño fue enviado a su pueblo de origen. Los ayuntamientos pusieron casas de acogida hasta dar con algún familiar que se hiciera cargo. Y si no aparecía ninguno, los enviaban al hospicio.

Cuando terminó de hablar, le conté lo de mi madre, las fechas en que estuvo presa, la muerte de mi hermano, que estaba enterrado en el cementerio de Motrico...

—¿Qué edad tenía tu hermano cuando murió? —preguntó con aire intrigado.

—Iba a cumplir tres años.

Durante unos instantes, mantuvo el silencio con el rostro ceñudo, como si tratara de recordar algo.

—En junio del 39... ¡Uf! —prosiguió al fin— ¿Estás segura de que murió allí?

—He visto su partida de defunción en el archivo parroquial.

—Eso no quiere decir nada. Hasta el año 40 o 41, se dieron varios casos de niños desaparecidos. A las madres les decían que habían muerto de tifus o de pulmonía.

—¿Y la partida de defunción?

—Mentira, todo mentira; los daban en adopción. Luego el juzgado de la localidad en que residían los padres adoptivos elaboraba una partida de nacimiento con los apellidos nuevos, así que descubrir el origen verdadero del niño resultaba prácticamente imposible, si es que algún día, a la madre le daba por investigar. En aquel tiempo estaba permitido todo.

De nuevo me entró la congoja, otra vez la duda...

—¿No conoce usted a alguien que me pudiera informar? No sé, alguna de las que estuvieron allá vivirá todavía, alguna monja, el médico...

—Sí; conozco a varias. Las hermanas Merodio viven en Motrico, las dos casadas, pero no quieren hablar de aquello. La mayor, Carmina, es una mujer muy simpática. Siempre que nos encontramos, me dice lo mismo: Bendito sea el pueblo de Ondárroa, lo que hicisteis vosotras no tiene precio, no teníais ninguna obligación, tuvisteis mucho valor. Y yo siempre le contesto lo mismo: las que tuvisteis valor fuisteis vosotras que aguantasteis lo que aguantasteis. Le podría llamar, pero ya sé lo me va a responder. No, déjalo.

»Anita, sí, ésa sí que hablará, el problema es que reside en Madrid. Anita Morales, ¡vaya mujer! Vivió aquí una semana, en esta casa, tras salir de la prisión. Estaba muy débil y tenía que ponerse buena antes de coger el tren. Ella fue una de las que perdió a su hijo en el 42, aunque, por suerte, lo volvió a recuperar, ya que una antigua compañera de trabajo se hizo cargo del niño hasta que salió de la cárcel. Suele venir a Ondárroa de vez en cuando, nos hicimos muy amigas.

—Yo tengo que ir a Madrid a tomar el avión. Podría ir de víspera...

—No; espera. Conozco a otra mujer, seguro que conocía a tu madre, era también de Éibar. Vive aquí, está casada con uno de Ondárroa. Ésa sí que hablará.

Así fue como conocí a Maritxu Sarasqueta, una mujer imponente que me contó muchas cosas acerca de mi madre y lo que hicieron con mi hermano.